

teorema

Vol. XXXV/2, 2016, pp. 215-219

ISSN 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2015) 35:2; pp. 215-219]

OBITUARIO/OBITUARY

Hilary Putnam (1926-2016): las raíces de lo real

César Gómez

Hace pocas semanas, el 13 de marzo, murió en Boston, a la edad de 89 años, el gran filósofo analítico Hilary Putnam. Su trayectoria, como uno de los líderes de la filosofía analítica del último siglo, sería razón suficiente para escribir una necrológica, pero en este caso se dan otras circunstancias, que hacen de su publicación en **teorema** algo un poco más especial y también más personal.

Hilary Putnam fue, durante los últimos 40 años de su vida, profesor en la Universidad de Harvard (en el famoso Emerson Hall, donde tuvo como colegas a filósofos como W. V. Quine, S. Cavell, R. Nozick, N. Goodman, J. Rawls y S. Kripke, por solo citar a algunos de los más grandes). El Emerson Hall está ligado a nuestro país por diversos motivos, pero el más singular es sin duda la figura de George Santayana (el filósofo de ascendencia abulense) que sustituyó a Willian James en la cátedra y que finalmente abandonó la vida académica para dedicarse a escribir en hoteles de Europa en una vida selectamente itinerante. Viene a cuento esta referencia a Santayana, porque tanto Hilary como su esposa Ruth Anna, se interesaron en la obra de este singular filósofo y hasta dieron en Madrid sendas charlas sobre su trabajo, invitados por la Cátedra Santayana que en aquellos años dirigía el profesor Manuel Garrido, fundador de **teorema** y del suplemento (dedicado a difundir la obra de Santayana), **limbo**, que acompaña, desde hace algunos años, a esta publicación.

Gracias a Manuel Garrido, Hilary visitó España por primera vez en 1983, una visita que unió a Hilary con nuestra nación hasta el final de sus días. Fueron muchas las visitas que desde entonces realizó a Madrid; la última tuvo lugar en 2010 para ser investido doctor *Honoris Causa* por la Universidad Carlos III. En este sentido, no es exagerado decir que la re-

lación de Putnam con España tuvo su origen en esta revista y en las actividades que a su alrededor organizó Manuel Garrido durante muchos años.

Escribo esta necrológica cuando ya han pasado varias semanas desde su muerte y veo con sorpresa la total ausencia de eco en los periódicos nacionales. No sé muy bien lo que esto significa, aunque quizás, tan solo refleje el fin de una época y la muerte o la desaparición de los protagonistas de la pequeña historia de la filosofía analítica española. Ahora quizás estemos en otra cosa, aunque se me escapa en qué, pero no se trata de hablar de eso sino de dar cuatro pinceladas sobre la importancia de Putnam como filósofo.

Putnam fue estudiante de Hans Reichenbach, quien antes de emigrar a los Estados Unidos fue uno de los líderes del Círculo de Viena y fundador de la escuela berlinesa del positivismo lógico. Bajo su dirección, Putnam realizó su tesis doctoral sobre la noción de probabilidad, una cuestión que en aquel momento centraba los intereses de algunos de los viejos miembros de Círculo de Viena, como Rudolf Carnap (al que Putnam conoció en Princeton) o del propio K. Popper. Este interés venía suscitado por el estudio de los fundamentos de la mecánica cuántica, donde la noción de probabilidad adquiere un status especialmente relevante a la hora de desvelar como aquella se ancla en la realidad. Este fue un tema al que Putnam volvió sistemáticamente a lo largo de toda su vida y también un problema con el que nunca logró encontrarse muy a gusto.

Muchas veces me habló Hilary con admiración de Reichenbach y de cómo éste influyó en su vida. Recuerdo que una vez me dijo, que durante sus años de estudiante empezó, casi sin darse cuenta, a imitar su forma de vestir y hasta algunos de sus gestos. Sin embargo, es en los últimos años donde en los escritos de Putnam encontramos referencias a un Reichenbach menos familiar (o quizás menos positivista) donde prima un interés, fundamentalmente práctico, sobre la arquitectura mental que usamos a la hora de justificar nuestras acciones.

Durante su estancia en Princeton, Putnam se dedicó, fundamentalmente en colaboración con Julia Robinson, a las matemáticas. El conocido como décimo problema de Hilbert radicaba (y hablo en pasado, pues el problema se resolvió en 1970) en descubrir si, dada una ecuación diofántica, es o no posible encontrar un algoritmo (esto es: un procedimiento que consista en un número finito de pasos) que nos diga si la ecuación tiene o no solución en el campo de los números enteros. La solución es que dicho algoritmo no existe, y en la prueba final, la contribución de Putnam y Robinson fue crucial. Este primer interés en lógica matemática motivó muchos de sus posteriores escritos sobre el teorema de Gödel y

sobre los fundamentos de la matemática. Personalmente, Hilary siempre estuvo especialmente orgulloso de esta faceta más técnica de su actividad. Recuerdo, que la primera vez que vino a Madrid y antes de que le presentara a Manuel Garrido, cuando veníamos en el coche desde el aeropuerto de Barajas, me entregó, por si era necesario, dos sobres con su *curriculum vitae*, aclarándome que uno era su *curriculum* como filósofo y el otro su *curriculum* como matemático.

Pero, sin duda, lo que hace a Putnam conocido como filósofo es su reflexión sobre la realidad y el significado y cómo, desde esa reflexión, va abandonando progresivamente los principios del positivismo lógico, para transitar, en los años 80, hacia un neo-Kantismo y finalmente hacia una lectura muy personal del segundo Wittgenstein. Una influencia, esta última, que también comienza a abandonar al final de su vida.

En su momento más wittgensteiniano, Hilary, que estaba de sabático en Amsterdam, me llegó a decir con el fervor casi religioso de quien ha encontrado una veta definitiva de iluminación, que su actividad en esos momentos se reducía a extraer las enseñanzas de Wittgenstein. Años más tarde y mientras estábamos hablando, creo que del *Tractatus*, se paró en seco y mirándome me confeso que ya no veía en Wittgenstein ese manantial inacabable de sabiduría. En resumen, que se había agotado su interés en las *Investigaciones* y que lo que volvía a ocupar su cabeza era el problema de la percepción, el viejo problema del empirismo. Esta anécdota es importante pues nos hace ver, cómo lo que con Wittgenstein hemos llamado la disolución de los problemas filosóficos, es un tratamiento que muchas veces, si se vive un tiempo suficiente, no tiene los resultados deseados. El problema acaba por reaparecer y por atraparnos de nuevo; la herida filosófica no se acaba nunca de cerrar. Es esa fascinación, la percepción de que en el problema filosófico no está sólo la radiografía de nuestros tumores intelectuales, sino la semilla confusa de nuestra identidad, lo que hace al filósofo (de verdad) volver una y otra vez por los mismos caminos de la reflexión.

Cualquier lector de Putnam recordará su magistral diseño de experimentos mentales como método para hacer explícito el sentido de conceptos filosóficos tan profundos y elusivos como la verdad, la referencia o la realidad. En esto continuaba la tradición iniciada por Descartes, cuando, al comienzo de las *Meditaciones*, nos propone el experimento mental de imaginar un genio maligno con la intención de crear dudas razonables sobre la realidad de lo que percibimos. La novedad de Putnam, en el caso de experimentos como el de los cerebros en cubetas —que dio lugar a la idea de la película *Matrix*— o el de la Tierra gemela, donde el agua no es H₂O, fue

preguntarse, no tanto por la viabilidad de las condiciones imaginarias del experimento, sino por cómo hablaríamos, y más en particular, cómo pensaríamos en dichas condiciones. Con estos experimentos mentales se trataba de capturar el componente externo del significado. Imaginemos, por ejemplo, que nos hacemos la siguiente pregunta: ¿pueden dos personas con estados psicológicos idénticos usar la misma palabra, por ejemplo “agua”, y referirse a sustancias distintas? El experimento mental radica en diseñar las condiciones en las que los dos hablantes, aun estando en estados psicológicos idénticos y aun cuando los dos estén pronunciando las mismas palabras, están hablando evidentemente de cosas distintas. Sin entrar en detalles que no vienen ahora al caso, la gracia de este ejercicio radica en intentar dilucidar cómo por una parte el lenguaje se engancha con la realidad, y por otra, cómo este enganche depende y define nuestro estado mental. En suma, estos experimentos mentales crean intuiciones para intentar entender cómo pensamiento, experiencia y mundo se entrelazan.

Posiblemente lo más importante de la filosofía de Putnam sea su externismo semántico o dicho en sus propias palabras: que el significado no está en nuestras cabezas. Que el significado (o al menos la referencia) depende de nuestra interacción con el entorno es especialmente obvio en aquellos casos en los que la acción de señalar entra en la cadena causal que acompaña al aprendizaje de un término, como puede ser “agua”. La dificultad filosófica no radica en la constatación de este hecho, sino en dilucidar cómo este componente externo se integra en nuestros estados mentales. En otras palabras, en cómo caracterizar ese componente deíctico (y en consecuencia, externo) de los estados mentales. La clave del problema, radica en encontrar una manera de conjugar externismo semántico y autoconocimiento, en suma, en preguntarnos si también hay un componente semánticamente externo en esa parte del lenguaje que usamos para hablar de nuestros propios estados mentales. Si no lo hay, el autoconocimiento se vuelve en el fondo irrelevante. Pero si lo hay, necesitamos descubrir, no sólo la naturaleza del mismo, sino también cómo ese componente externo entra a formar parte de nuestra autoconciencia, o, si se prefiere, de la práctica introspectiva.

Creo no equivocarme demasiado si afirmara que Putnam ha estado intentando dilucidar en sus últimos 20 años en qué manera esa ficción filosófica heredada del empirismo que llamamos estado mental, se externaliza y sale de nuestras cabezas. El posible componente wittgensteiniano de la solución es en cierto modo obvio. La externalización del estado mental radicaría en su conversión en una práctica (si se prefiere en un juego) dentro de una determinada forma de vida social. Pero este camino witt-

gensteiniano está plagado de dificultades, que identificamos inmediatamente si intentamos encontrar en las reglas del juego el deseado componente externo del estado mental del jugador.

Me voy a permitir aquí decir, quizás una *boutade*, para resumir al último Putnam. La externalización del estado mental (de la primera persona) es inevitablemente evaluativa. Dicho de otra manera, el componente externo del autoconocimiento radica en la imposibilidad de separar (aun desde la perspectiva de la primera persona) el componente evaluativo de ese imaginario componente fáctico que llamamos, desde el empirismo, estado mental.

Cuando el externismo semántico se extiende al autoconocimiento nos revela el inevitable componente evaluativo del mismo. El giro religioso de Putnam en sus últimos años, creo que debe entenderse como una manera de percibir, en carne propia, cómo el externismo semántico se adentra en el campo del autoconocimiento.

Cuando decimos “Calígula fue un emperador cruel” (donde el lector puede si lo desea jugar con otros candidatos pues, desgraciadamente, hay muchos) la externalización de la referencia no se queda anclada en los hechos que conciernen a Calígula, sino que también alcanza al componente mental evaluativo que acompaña a nuestra afirmación. En este caso son los valores los que externalizan semánticamente (pero con igual vocación de objetividad) las emociones; los que sacan el estado mental de la celda de nuestras cabezas.

Putnam fue un gran filósofo, algo que se mide no por resultados, como cuando se habla de un científico, sino por su capacidad de clarificar dónde radica eso que llamamos un problema filosófico. Algo que quizás no debemos intentar resolver (a la manera de la ciencia), ni posiblemente disolver (a la manera del terapeuta), sino tan solo entender y aprender a usar en ese afán, que Kant llamaría “constitutivo”. A fin de cuentas, la persona es la externalización (en el sentido de Putnam) de lo mental, y hacer filosofía trata, en último extremo, de constituirnos como tales personas. Esa labor constitutiva debe ser, como lo fue en Putnam, sincera y lúcida.

*Instituto de Física Teórica UAM-CSIC
C/Nicolás Cabrera 13-15
28049 Cantoblanco, Madrid
E-mail: bjk108@gmail.com*